

den decirse suprimidas las que el autor habia omitido con el objeto de sustituir otras equivalentes, y frecuentemente para dar mas claridad á su idea.

Lo que hay mas de cierto en la asercion de los editores estereotípicos, es que no tuvieron conocimiento de las adiciones manuscritas, ni aun de las correcciones de la edicion de 1700, sino cuando ya estaba impresa la suya. Entonces se determinaron á poner estos fragmentos al fin de cada tomo, indicando las páginas á que se refieren.

Pero esto no bastaba para llenar los deseos de Bossuet, que espresamente queria se insertáran en el cuerpo del *Discurso*, pues que al principio de cada parte indica las primeras palabras de la frase que debe seguirse inmediatamente.

Para conformarnos con su intencion, hemos seguido con exactitud el testo de la tercera edicion, insertando en los lugares indicados en los manuscritos los diferentes pasages añadidos, que se enlazan muy bien con los que preceden y siguen, como puede observar el lector bien facilmente. Esta insercion no exige otras variaciones en la edicion antigua, que la sustitucion de un pequeño número de palabras señaladas por el mismo autor, y la supresion de algunas líneas concernientes á los samaritanos en la *VII Epoca*; porque Bossuet reunió un poco despues bajo el mismo punto de vista todo lo que hace relacion á la historia de este pueblo.

En fin, deseando dar á esta edicion toda la exactitud posible, hemos revisado las datas puestas á la margen de la primera parte, lo que nos ha dado ocasion de rectificar muchos errores; y principalmente donde hemos hallado que los años no correspondian á los sucesos, hemos puesto los correspondientes, colocando las fechas enfrente de los hechos á que hacen relacion.

DISCURSO

SOBRE

LA HISTORIA UNIVERSAL

Á S. A. S. EL SEÑOR DELFIN.

PRÓLOGO.

Designio general de esta obra, y de su division en tres partes.

AUN cuando fuera inútil la historia al comun de los hombres, todavía seria muy necesario su estudio á los príncipes: es el mejor medio para descubrirles el influjo de las pasiones y de los intereses, el de los tiempos y de las circunstancias, y el de los buenos y malos consejos. Las historias no son, por decirlo así, mas que una compilacion de las acciones, de los sucesos y de los motivos que han dado lugar á estos, y todo su conjunto forma un estudio no solo útil sino de necesidad para los príncipes destinados á gobernar á los pueblos. Si la esperiencia les es necesaria para adquirir la prudencia, sin cuya dote no es posible reinar bien, no es menos útil para su instruccion unir á los ejemplos de los siglos pasados los sucesos que pasan diariamente á su

vista. En vez de que no aprenden ordinariamente, mas que á expensas de sus súbditos y de su propia gloria, á juzgar de los negocios árdus que les ocurren; con el auxilio de la historia, forman su juicio, sin aventurar nada, sobre los sucesos acaecidos en siglos anteriores. Cuando ven los vicios mas ocultos de los príncipes espuestos á los ojos de los hombres, no obstante las falsas alabanzas que se les prodigaron durante su vida, avergüénzanse del vano placer que les causó la adulacion, y llegan á conocer que la verdadera gloria solo puede conciliarse con el real y sólido mérito.

Por otra parte vergonzoso sería, no digo á un príncipe, sino en general á todo hombre de mediana educacion, ignorar la historia del género humano y los memorables trastornos y mudanzas que ha acarreado la serie de los tiempos á los pueblos del mundo conocido. Si no se aprende de la historia á distinguir los tiempos, se juzgará iguales á los hombres bajo la ley de la naturaleza, ó bajo la ley escrita, como bajo la ley evangélica; se hablará de los persas, vencidos bajo el imperio de Alejandro, como se habla de los persas vencedores bajo el de Ciro; se reputará á la Grecia tan libre en tiempo de Filipo como en el de Temístocles ó de Mileíades; al pueblo romano, tan orgulloso y altivo bajo el mando de los emperadores como bajo el de los cónsules; á la Iglesia tan tranquila bajo Diocle-

ciano como bajo Constantino; y á la Francia, agitada por las guerras civiles en tiempo de Carlos IX y de Enrique III, tan poderosa y tan pujante como en tiempo de Luis XIV, cuando agrupada bajo un tan poderoso y sabio rey, triunfó élla sola de toda la Europa.

Smo. Sr., para evitar todos estos inconvenientes es para lo que se os ha hecho leer tantas historias antiguas y modernas. Empero, ante todo, os ha sido necesario leer en la Escritura la historia del pueblo de Dios, que es el fundamento de la religion. Tampoco se os ha dejado ignorar la historia griega ni la romana; y, lo que aún os era mas importante, se os ha manifestado con un particular esmero la historia de este gran reino que estais obligado á hacer feliz. Pero por temor de que todas estas historias, y las que todavía os restan que estudiar, no causen confusion en vuestro espíritu, ni fatiguen demasiado vuestra memoria, es muy necesario representáros las muy distintamente, pero en compendio, y de manera que comprendais con facilidad la serie de los siglos transcurridos.

Esta manera de esponer la historia universal la compararemos á la descripcion de los mapas geográficos. La historia universal es el mapa general comparado con las historias particulares de cada pais y de cada pueblo. En los mapas particulares veis menudamente lo que es

un reino, ó una provincia en sí misma: en los universales aprendeis á fijar estas partes del mundo en su todo; en una palabra veis la parte que ocupa París ó la isla de Francia en el reino, la que el reino ocupa en la Europa, y la que la Europa ocupa en el universo.

Las historias particulares refieren y describen los sucesos acaecidos en un pueblo circunstanciadamente: pero para comprenderlos bien, es menester saber la relacion que tiene cada una de estas historias con todas las demas; lo que se consigue por medio de un compendio, en que se vea de una ojeada todo el orden de los tiempos.

Un compendio tal os presenta, Smo. Sr., un gran espectáculo. Veis desarrollarse, por decirlo así, á vuestra vista y en muy pocas horas, todos los siglos que han precedido: veis cómo se suceden los imperios unos á otros; y cómo la religion, en sus diferentes estados, se sostiene igualmente desde el principio del mundo hasta nuestros dias.

La serie de estas dos cosas, quiero decir la de la religion y la de los imperios, es la que debéis grabar en vuestra memoria; y como la religion y el gobierno político son los dos ejes sobre los que ruedan las cosas humanas, ver lo que á ellas concierne encerrado todo en un compendio, y descubrir por este medio todo su orden y sucesion, es comprender en su pensamien-

to todo lo que hay de mas grande entre los hombres, y tener, por decirlo así, en la mano el hilo de todos los acontecimientos del universo. Porque asi como al examinar un mapa universal, salís del pais en que nacisteis y del lugar en que estais encerrado para recorrer toda la tierra habitable, que abrazais con el pensamiento con todos sus mares y paises; asi, al considerar el compendio cronológico, salís de los estrechos límites de vuestra edad para estenderos por las edades de todos los siglos.

Pero de la misma manera que, para auxiliar á la memoria en el conocimiento de los lugares, se procura retener los nombres de ciertas ciudades principales, en cuyo derredor se van colocando las otras, cada una segun su distancia; asi, en el orden de los siglos, es menester marcar ciertos y determinados tiempos por algun gran acontecimiento al cual se refieran todos los demas.

Esto es lo que se llama *época*, de una palabra griega que significa *detenerse* ó *pararse*, porque se hace alto allí para considerar, como desde un lugar de reposo, todo lo que ha sucedido antes ó despues, y evitar por este medio los anacronismos, es decir esta especie de error que hace confundir los tiempos. A este efecto es menester limitarse á un pequeño número de épocas, tales como las siguientes, en los tiempos de la historia antigua:

Adán, ó la creacion;
 Noé, ó el diluvio;
 La vocacion de Abraham, ó el principio de la
 alianza de Dios con los hombres;
 Moisés, ó la ley escrita;
 La ruina de Troya;
 Salomon, ó la edificacion del Templo;
 Rómulo, ó la fundacion de Roma;
 Ciro, ó el pueblo de Dios librado de la cautividad
 de Babilonia;
 Scipion, ó Cartago vencida;
 El nacimiento de Jesucristo;
 Constantino, ó la paz de la Iglesia;
 Carlo-Magno, ó el establecimiento del nuevo im-
 perio.

Pongo el establecimiento del nuevo imperio
 bajo Carlo-Magno como el fin de la historia an-
 tigua, porque justamente en él vereis acabar del
 todo el antiguo imperio romano; y es por lo que
 os hago detener en un punto de tanta considera-
 cion en la historia universal. Lo demas os lo es-
 pondré en una segunda parte, que os conduci-
 rá hasta el siglo ilustrado por las inmortales ac-
 ciones del rey vuestro padre, y al cual todo ha-
 ce esperar que añadireis un nuevo lustre por el
 ardor que manifestais en seguir un tan bello y
 grande ejemplo.

Despues de haberos explicado en general el
 designio de esta obra, me resta que hacer otras
 tres cosas para que saqueis de ella todo el prove-
 cho que yo espero.

Por de contado, es menester que recorramos
 las épocas que os acabo de proponer, y que mar-
 cándoos en pocas palabras los principales aconte-
 cimientos que deben fijarse en cada una de ellas,
 acostumbre á vuestra memoria á colocarlos en su
 verdadero lugar, sin mirar en esto mas que el
 orden de los tiempos. Pero como mi principal
 intencion es la de haceros observar en la serie
 de estos tiempos la de la religion y la de los
 grandes imperios; despues de hablaros de ellas
 indistintamente segun el curso de los años, vol-
 veré á referiros en particular los hechos concér-
 nientes á estas dos cosas, añadiendo las reflexio-
 nes necesarias: primeramente los que nos dan á
 entender la *perpetuidad de la religion*, y en se-
 gundo lugar, los que nos descubren las *causas
 de los grandes trastornos y mudanzas sobreve-
 nidos en los imperios*. Esto conocido, cualquiera
 parte de la historia antigua que lea V. A. saca-
 rá de ella un gran provecho: porque nada pasa-
 rá sin que al momento descubrais las consecuen-
 cias que han de resultar. Admirareis la provi-
 dencia de Dios en todos los negocios referentes
 á la religion: vereis tambien el encadenamien-
 to de los sucesos humanos; y por este medio co-
 nocereis con cuánta reflexion y prevision debe
 gobernarse á los hombres.